

CAPITULO IV.

DE LAS MALAS COMPAÑIAS.

El Espíritu Santo nos asegura que no hay tesoro por precioso que sea, que pueda compararse á un amigo prudente y virtuoso. El que lo es toma parte en nuestros trabajos, nos consuela en nuestras aficciones, nos ilumina con prudentes consejos, y nos inclina á la virtud con su ejemplo. Tal era Jonatás respecto de David y David para con Jonatás.

Pero si es tan útil la amistad con los buenos, no hay cosa mas perjudicial que la que se contrae con los malos.

Menos debes temer á un enemigo declarado que á un amigo vicioso. Del primero siquiera desconfiarías y tomarías precauciones para evitar sus asechanzas. Del segundo al contrario, no recelándote de él, y tratándolo familiarmente, aprenderías insensiblemente las máximas mas perniciosas; imitarías su perverso ejemplo y poco á poco te harías semejante á él.

El ejemplo de Neron basta para hacernos palpables esta verdad.

Mientras este jóven príncipe se gobernó por los consejos de Burrho y Séneca, que estaban encargados de su educacion, fué admirado de todo el mundo por su mansedumbre y clemencia. Habiéndosele presentado un dia uno de sus ministros para que firmase una sentencia de muerte, dijo estas admirables palabras: ¡Ojalá no supiese escribir! En otra ocasion escribió á uno de los gobernadores de sus provincias, que habia aumentado considerablemente los impuestos, que era menester esquilmar las ovejas, pero no desollarlas; dándole á entender con esto que no era razon incomodar y arruinar los pueblos con contribuciones demasiado crecidas. Pero apenas empezó á dar oídos dicho príncipe á los cortesanos aduladores y viciosos que le rodeaban, quando, dejando á un lado la humanidad y clemencia, se convirtió en un leon furioso, que no podia alimentarse sino de sangre y de matanza. La nobleza y el pueblo, y especialmente los cristianos, fueron sa-

crificados sucesivamente á su crueldad. Dió muerte no solamente á Burrho y á Séneca, si no á su misma madre Agripina, y á Octavia su mujer. Llegó al extremo de decir muchas veces, que deseaba que todo el género humano no tuviese mas que una cabeza para tener el gusto de cortarla. Fué tal en fin su barbarie é inhumanidad, que hizo pegar fuego á Roma, para tener el gusto de contemplar desde una alta torre el incendio, entreteniéndose en cantar un poema sobre la ruina de Troya, mientras que las llamas devoraban la ciudad.

No fué menos funesto para Joás, rey de Judá, el trato con los malvados. Este jóven príncipe gobernó con el mayor juicio mientras siguió los consejos de Joyada, que además de haberle libertado del furor de Atalia, le habia colocado en el trono. El trato con este hombre virtuoso le hizo tomar gusto á la piedad y á la virtud. Pero muerto Joyada, tardó poco en mudar de conducta, y dió á conocer con su ejemplo, que somos buenos ó malos segun con quien tratamos; porque ha-

biendo venido á hacerle la corte los grandes de su reino, se dejó seducir por sus viles aduladores, y coleccionó á algunos de aquellos hombres viciosos en el número de sus amigos. Esta fué la época de sus desórdenes. Abandonando desde entonces el culto del verdadero Dios, se entregó al de los ídolos y llegó á tal extremo su depravacion, que quitó la vida al hijo del mismo Joyada á quien debia la corona.

Estas mutaciones te parecerán quizás extraordinarias; pero no deben admirarte. Un amigo vicioso es como un hombre que adolece de una enfermedad pegajosa; contagia á todos los que se le acercan; y así del mismo modo que huirias con la mayor precaucion de cualquiera que padeciese una enfermedad epidémica, debes evitar el comercio y la amistad de los que tienen costumbres depravadas.

Este era el concepto que hacian de las malas compañías San Basilio y San Gregorio, cuando estudiaban en Atenas, siendo de tu misma edad: *Huíamos*, dice San Gregorio, *cuidadosamente de todo trato*

con aquellos compañeros que eran insolentes y violentos, y de malas costumbres; y solo teníamos amistad con aquellos que por su modestia, su moderacion y su juicio podian ayudarnos y mantenernos en los buenos propósitos que teníamos de hacer una vida arreglada: conocíamos muy bien que los malos ejemplos se comunican fácilmente como las enfermedades contagiosas. ¿Queréis ver un símil palpable, que te haga conocer mejor el peligro de las malas compañías? Mezcla frutas sanas con otras corrompidas, verás como en todas se introduce la podredumbre, y quedan enteramente perdidas. Este fué el símil de que se valió un prudente padre para retraer á su hijo de las malas compañías. Ve aquí el suceso.

FABULA III.

LAS NARANJAS.

De la orilla del Tajo un buen vecino
Tenia un hijo en quien unió el destino,
Sin ejemplar, talento y hermosura,
Al candor la inocencia y la dulzura;

Un fénix en su tiempo era el chiquillo,
Mas por desgracia suya habia dado
En tratar con algunos caláveras
De su edad, cuyo ejemplo depravado
Su corazón sencillo
Podia corromper muy fácilmente.
El padre procuró con todas veras
Cortar esta amistad, mas vanamente,
Pues de su justo celo
Y sus sermones se burló el mozuelo.
«¿Por qué, le dijo un día,
Me exhorta usted á dejar tal compañía?
Si usted á mis amigos conociera,
Para otros su consejo guardaria;
Son buenos, y aunque alguno no lo fuera,
Frecuentándome á mí se corrigiera;
Así hablaba el tontuelo
De una falsa desconfianza prevenido:
Su padre cada vez con mas recelo
Al ver al niño en tal peligro puesto,
Hizo el desentendido,
Y buscó otra ocasion mas favorable
Para dar el consejo saludable.
Estando ausente el jóven, llenó un cesto
De fruta delicada,
Naranjas, que á la vista parecían
De oro puro, que en nada cederian
A las que presentó la fabulosa

Huerta de las Hespéridas * famosas;
 Entre ellas, dos ó tres puso el anciano
 Ex-profeso que ya descoloridas
 Mostraban estar dentro corrompidas,
 Y entregó el cesto al jóven; muy ufano
 De tal regalo, comenzó á miraras,
 Y viéndolas que ya iban á perderse,
 «¡Padre! exclamó de sentimiento lleno,
 ¿Qué ha hecho vd.? si estas van á corromperse
 Con esas buenas para qué mezclarlas?
 Así se volverán todas veneno;
 No, dijo el padre: tu temor es vano;
 Verás todas las malas componerse
 Con el suave aroma de las buenas,
 Al contrario, señor, lo que está sano
 Se pudrirá, replicó el desbarbado,
 Al lado de estas tres que están dañadas.»
 Redúcese por fin á duras penas
 A aguardar por un tiempo limitado;
 Coge el padre una llave; y bien cerradas
 Las deja, hasta que el tiempo suficiente
 Para lograr su intento haya pasado:
 Parece un siglo al jóven impaciente;
 Llega en fin el instante suspirado:
 Dale el padre la llave; él se apresura;
 Apenas puede hallar la cerradura:

* Huerta fabulosa colocada por los poetas en España, en la que dicen había árboles, que daban manzanas de oro.

Abre por fin, y encuentra ¡oh vista horrible!
 Todo hecho una confusa podredumbre.
 Lleno de pesadumbre,
 Murmura de su padre y se lamenta;
 «¡No dije (exclama) á usted que era imposible
 Que así quedase sana ni una sola?
 Pero usted de mi dicho no hizo cuenta.»
 El sábio padre, al ver tal bataola,
 «Sociégate, le dice, hijo de mi alma:
 Tu sentimiento calma;
 Si yo de tus prudentes reflexiones
 Tocante á las naranjas no hice aprecio;
 Tú con igual desprecio
 Trataste mis consejos y razones,
 Cuando pronostiqué que llegaría
 Tiempo en que tus amigos corrompiesen
 Tu pureza, á no huir su compañía:
 Esta fruta perdida es fácil cosa
 Resarcirla con otra mas hermosa;
 Mas si en tu corazón se introdujesen
 Los vicios, y manchasen tu inocencia,
 ¿Cuál mi dolor sería!
 ¿Cómo desgracia tal remediaria!
 Esto bastó para que comprendiese
 El jóven el enigma y la advertencia;
 Y este lance instructivo
 Fué antidoto y total perservativo
 Para que de los malos siempre huyese.

El ejemplo á vosotros se dirige,
 ¡Oh jóvenes! grabad esta importante
 Máxima en la memoria,
 Que está harto acreditada por la historia.

Rara vez el malvado se corrige
 Aunque trate con buenos; y es constante
 Que siempre el bueno se pervierte y daña
 Cuando con los malvados se acompaña.

No me cansaré de exhortarte á que
 te acuerdes á menudo de este suceso.
 Ningun símil hay mas propio para darte
 á conocer el peligro de las malas compa-
 ñías; pero con todo, aun hay alguna di-
 ferencia entre las frutas pasadas y los
 amigos viciosos; pues aquellas á lo menos
 manifiestan claramente su mal estado. Las
 manchas lívidas de que las vemos cu-
 biertas nos dan á conocer fácilmente su
 interior podredumbre; en lugar que los
 amigos viciosos parecen muchas veces
 muy distintos de lo que son. Ocultan los
 desórdenes de su corazon bajo el velo de
 la modestia y de la honradez. Son lobos
 habrientos que se cubren con pieles de
 oveja para poder devorar con mas facili-
 dad los tiernos corderillos. No te fies

pues de su exterior engañoso: no juzgues
 por sus modales de sus costumbres; antes
 bien atente al concepto de los que los co-
 nocen, y te avisan que evites su trato.
 La fábula siguiente te dará á conocer
 cuán peligroso es escoger sin precaucion
 un amigo.

FABULA IV.

EL RATON Y EL GATO.

Un ratoncillo joven é inesperto
 En las cosas de mundo,
 Cansado de vivir en un profundo
 Abismo con sus padres encerrado,
 Se escapó una mañana, y muy despierto
 Comenzó á corretear con alegría
 El campo dilatado,
 Que á su admirada vista se ofrecia.
 Descubrió no muy lejos casualmente
 Otro animal de venerable gesto:
 Su mirar inocente
 Y grato, su magnifico ropaje,
 Y aun su modo de andar grato y modesto
 Dejaron al bobillo embebecido,
 Y deseoso de amistad y trato
 Con tan benigno y santo porsonaje,
 Y era no menos que un famoso gato,
 Por nombre Ratizampa, conocido

Intro
 de
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 ca
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Con

El r
 La t
 El p
 El u
 Las
 El c
 El h
 El c
 Los
 El l
 El l
 La p
 La n
 El g
 El j
 Las

Por el Neron de ratas y ratones,
 Que á pesar de su santa catadura
 Sin piedad á docenas se mamaba.
 Mas nuestro ratoncillo, que ignoraba
 Sus tretas y perversas intenciones,
 Totalmente fiado en su dulzura
 Y humildad aparente, se osorilloq ndus
 En su lengua ratuna interiormente
 Decia: "¡Qué señor tan apreciable!
 ¡Qué trato será el suyo tan amable!
 Por feliz me tendria
 En gozar su amistad y compañía."
 Se acerca al decir esto reverente
 Al santo, que dejando de repente
 La mansedumbre á un lado,
 Fiero sobre él se arroja, y al cuitado,
 Sin mascararlo en el vientre lo sepulta.
 Jamás fíemos solo de apariencia;
 Que muchas veces la maldad se oculta
 Con capa de virtud y de inocencia.

Imprime cuidadosamente en el fondo
 de tu corazon estas saludables máximas,
 y procura conformarte á ellas. De este
 cuidado depende principalmente la con-
 servacion ó la ruina de tu inocencia; por-
 que, segun el oráculo infalible del Espí-
 ritu Santo, *serás bueno con los buenos, y
 malo con los malos.* Por mas virtuoso que

hayas sido hasta aquí, una mala compa-
 ñía bastará para perderte. La experien-
 cia nos enseña todos los dias que la ma-
 yor parte de los jóvenes naufragan en este
 escollo: yo mismo he visto perecer en él
 á infinitos; y si no te hace fuerza mi tes-
 timonio, mira lo que dice Gerson del trá-
 gico fin de un jóven ilustre por su naci-
 miento.

Habia sido dicho jóven por mucho tiem-
 po un modelo de inocencia y de piedad;
 pero por desgracia suya contrajo estre-
 cha amistad con un sujeto vicioso y en-
 tregado á la mayor disolucion. Las con-
 versaciones y los malos ejemplos del per-
 judicial amigo tardaron poco en contagiar
 su entendimiento y su corazon. En lu-
 gar de aquella moderacion y de aquella
 modestia, que hasta entonces le habian
 hecho admirar, se notó en él un total
 abandono á los mas vergonzosos desórde-
 nes. No anhelaba otra cosa que juegos,
 diversiones y deleites. Todos los esfuer-
 zos de sus padres, amigos y maestros
 para apartarle del camino del vicio fue-
 ron vanos; los mismos obstáculos que ha-

Invo
 Intro
 de
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 ca
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Cap.
 Con

El r
 La t
 El p
 El n
 Las
 El c
 El h
 El c
 Los
 El l
 El l
 La p
 La n
 El g
 El j
 Las

llaba servian de nuevo incentivo á sus pasiones; y en fin, perseveró impenitente hasta la muerte. Sobrecogido de una violenta enfermedad, habiéndose presentado un sacerdote para exhortarle á reconciliarse con Dios, se negó totalmente al oírle, y avivando el caritativo eclesiástico sus exhortaciones, al paso que le veia mas endurecido, el desgraciado jóven atormentado de los remordimientos mas crueles, se volvió al fin á mirarle con semblante furioso y le dijo estas terribles palabras: *¡Infeliz del que me ha seducido! Son demasiado grandes mis delitos para esperar su perdon. Veo ya el infierno abierto para recibirme.* Despues de haber pronunciado estas palabras, se volvió del otro lado para no oír las voces del sacerdote; y al cabo de un instante espiró lleno de la mas horrible desesperacion.

Ve aquí, amado Teotimo, el fruto de las malas compañías. Así se cumple el oráculo del Espíritu Santo, que dice, *que el que anda con la pez se manchará los dedos*, esto es, que el que trate con amigos viciosos, contraerá sus vicios y defectos.

No extrañes pues que me haya detenido tanto en un un asunto de tanta importancia. Me lisonjearia de haber asegurado tu inocencia si supiera de fijo que te habia inspirado un eficaz horror á las malas compañías. Con todo queda aun otro escollo, que debes evitar con igual cuidado: este es el de leer malos libros; de lo que ahora te voy á hablar.



Invo
Intro
de
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
ca
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Con

El r
La t
El p
El n
Las
El c
El h
El c
Los
El l
El l
La p
La n
El g
El j
Las